

## CAPITULO VII

### CONCLUSIONES

*Despair is thus frequently the shadow to ambition in the museum world, like devils following one in the night.*

*(Ames 1992: 5)*

#### **La Cultura Institucional**

El mayor logro de la antropología que surgió de la Revolución de 1910, y uno de los más importantes de las ciencias sociales del siglo XX, fue haber creado una concepción antropológica e histórica que reconoció el carácter original de las diversas culturas mesoamericanas, y que a partir de este reconocimiento discurrió en enfoques idóneos para comprender su desarrollo dentro de sus propios marcos históricos y culturales (Florescano 1991: 15). Sin embargo, después de acabado el conflicto bélico, el grupo ganador se propuso a consolidar su poder político, económico y simbólico a través de imágenes, símbolos, objetos y hechos históricos de las culturas regionales y locales para poder organizar un legado histórico y patrimonial con el cual se identificaran todos los mexicanos, mismo que le ha servido para construir su propia versión que legitima a los grupos políticos que han llegado al poder (Pérez-Ruiz 1999: 55-56), y para ello se han

aprovechado de la arqueología, sus objetos de estudio y de la historia (Fowler 1987: 229-230).

Las instituciones culturales de México han sido y siguen siendo, en extremo dependientes del estado. Desde mediados del siglo XIX, el país adoptó un sistema museográfico copiado de Francia, marcado por la omnipotencia de la academia, la costumbre de salones oficiales, un apoyo casi irrestricto a artistas que servían a los poderes. Estas estructuras fueron reforzadas, después de la Revolución, con la adopción de modalidades calcadas en el sistema supuestamente libertario de la joven Unión Soviética, y que impera todavía, a sesenta años de distancia, a pesar de los evidentes signos de desgaste. La Secretaría de Educación Pública (SEP), creada en 1921 y dirigida en aquel entonces por José Vasconcelos —promotor de la cultura nacional— estableció con mayor claridad la función de los museos como herramientas de apoyo al sistema educativo federal y como espacios culturales a través de los cuales se difundiría la ideología del nacionalismo revolucionario, haciendo énfasis en el rescate del pasado indígena (Serra 1997: 7). En tiempos más recientes, en 1988 para ser más particular, la creación del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, una especie de ministerio de cultura sin cartera, organizado al vapor por decreto presidencial, valiéndose tanto del personal como de las estructuras existentes, y que agrupaba la red de museos y otras instituciones culturales bajo un sólo mando, supuestamente menos burocrático y más dinámico, no modificó esta situación, simplemente ayudó a ajustar los presupuestos culturales y concentró la toma de decisiones al más alto nivel, es decir, prácticamente en manos de la presidencia de la república, con un énfasis en operaciones diplomáticas que ha promovido exposiciones en extremo espectaculares, que satisfacen en muchas

ocasiones sus intereses como coleccionistas, pero ignoran, en términos generales, los avances académicos (Debroise 1998: 9-11).

Jaime Litvak (1979: 72) expone que la falta de infraestructura de trabajo y pérdida de capacidad para generar investigación arqueológica, por otra parte, está llevando a la pérdida de la profesionalidad en la decisión y haciendo que cada vez más sea objetos de debates políticos; los proyectos no sólo no se hacen por necesidades generadas por la problemática arqueológica misma, además de la emergente, sino que no trabajan a la capacidad que requiere su propio planteamiento, ni se llega al nivel de conclusiones que requieren para ser útiles.

### **El Papel de la Arqueología y su Relación con el Museo**

Si nos atenemos a la etimología de arqueología “el conocimiento de lo antiguo” incluiríamos toda la historia, pero su definición ha variado con el tiempo y a las múltiples formas en que ha sido vista y conformada a partir de múltiples maneras de pensamiento.

La arqueología empezó con el anticuario, que busca los objetos más bien por su belleza o como un tipo de curiosidad histórica. En ocasiones tiene finalidades políticas, religiosas o simplemente comerciales. En un principio no pretendía, con la colección de objetos, estudiar las complicaciones de una organización social o el desarrollo de una economía, en relación a sus posibilidades ambientales. Fue mucho más tarde cuando la arqueología se volvió un objeto de estudio para entender documentos históricos y conservar monumentos. A partir de ese entonces, y con la inclusión de un método estratigráfico, la idea de establecer periodos de tiempo y de considerar objetos como parte de una cultura pasada, es que surge la división entre arqueólogos y prehistoriadores

(Bernal 1979: 7-10). El arqueólogo es al fin un científico que trata de encontrar significados en la cultura material y que pretende interpretar una conducta humana a partir de sus investigaciones, sin dejar de lado que ellas no pueden limitarse a meras descripciones y/o clasificaciones.

La necesidad de que exista una arqueología interpretativa estriba en el hecho de que otras voces deberían hacerse escuchar para hablar del pasado. Esas voces, no siempre la de los especialistas, en este caso la de los arqueólogos, a veces buscan explorar los significados que el registro arqueológico deja pero de una manera coloquial. El pasado no se puede cuantificar o ser manipulado a expensas de los demás, es allí donde nuestra labor como arqueólogos es importante para interpretar el pasado a partir de teorías científicamente probadas.

Hodder (1991: 14) menciona que más allá de una “administración de fuentes culturales” lo que se necesita es de una arqueología de calidad, sensible al contexto y al significado, y abierto a la multivocalidad para que el dialogo entre todos pueda generar un cambio. En este sentido esta tesis coincide con Hodder ya que pone de manifiesto que la gente no necesita un pasado tan sólo definido por la ciencia sino más bien una historia que pueda ser interpretada con palabras sencillas de entender, incluso de visualizar, que en cierto modo pueda crear una empatía para hacerla parte del nuevo conocimiento que día a día registramos en nuestras mentes.

Siendo de esta manera se podría entender porque mi propuesta va más allá de términos y materiales propios de la arqueología del Norte de México, en este caso particular de Paquimé, para poder entender un sitio como un pequeño núcleo social del pasado donde hubo gente que influyó en sus cambios sociales y económicos de manera

diversa, que crearon cultura material como parte de su identidad histórica, y que finalmente sucumbió por factores políticos., en resumen. Claramente podría decirse que se resume la historia de un pueblo dentro de cuatro paredes, pero la empatía que se pueda generar a partir de esta nueva presentación museográfica podrá dar mayor fluidez a lo que hacemos como arqueólogos, no sólo excavar e investigar, sino darlo a conocer de una manera sencilla y entendible.

Todos estos son motivos claves para pensar por qué son importantes el nuevo guión científico y museográfico propuestos, pues sirven de base para una museografía más dinámica que concuerda con los estudios científicos realizados a la fecha, pero aún mejor, porque estaría contextualizada de manera histórica y humana con el presente poniendo en evidencia esos cambios propios de la arqueología —sin caer en la exhibición de términos abstractos y objetos especializados— generando una relación entre el público asistente al museo y el arqueólogo/curador para así poder darle un sentido social a la profesión y a nuestro papel como científicos sociales en un mundo que cada vez más se mueve hacia la globalización.

### **El Aporte Social**

En la vida de cualquier persona que ha querido estudiar arqueología primero está el pensar en ella como una manera de abordar el pasado sin necesariamente tomar en cuenta que ello conlleva un método. Más adelante, independientemente de la ideología y de las preguntas que se quieran responder, el fin último de la arqueología es entender y explicar procesos humanos a partir del registro material recolectado sistemáticamente en campo.

¿Pero qué sucede cuando eso ya está hecho y sólo se pretende darlo a conocer a un público no especializado?

Independientemente de que el Estado haya jugado un papel importante en la conformación de los museos en México en asuntos de identidad nacional a lo largo de su historia, son la arqueología postprocesual, en la teoría, y la interpretación temática, en la práctica, las que podrían estar tributadas para poder responder a tal situación. ¿Por qué? Básicamente porque logran definir los límites prácticos y sociales de la arqueología y porque mejoran su entendimiento frente a un público común, aquel que carece de los fundamentos científicos de la investigación en campo, sin abusar de nuestra credibilidad como traductores del pasado.

Si se quiere presentar una exhibición arqueológica dentro de un museo, carece de toda practicidad atosigar al público de información y de imágenes sin relación, contexto o analogía, siendo así que el proyecto de guión científico y museográfico propuestos en este documento mejora la presentación de la sección de Paquimé dentro del MNA por cuatro razones: 1) contempla la historia arqueológica del sitio, 2) presenta procesos humanos basados en la investigación científica, 3) estimula y provoca al público, y 4) rescata los fines prácticos de la arqueología.

Ahora bien, si se toma en cuenta que la investigación arqueológica siempre va a arrojar nuevas interpretaciones del sitio en cuestión, se entiende que tal exhibición no sobreviviría mucho al tiempo, sin embargo, considerar ello como extremadamente grave daría lugar al escepticismo del mismo como proyecto viable, de allí que los temas a exhibir sean generales y lo ideal fuera siempre una visita guiada al haber más interacción con el público. Adicionalmente, el interés que los demás investigadores tengan o no del

mismo proyecto, dará lugar a nuevas propuestas de interpretación y exhibición, pues a final de cuentas, culturalmente hablando, este será multivocal y dinámico.

La gente que conforma el MNA podría contemplar la idea de asumir nuestro verdadero trabajo como arqueólogos o como antropólogos sociales y proyectarlo a través de una sala de exhibición, por supuesto ésta no es una labor fácil pero tenerlo en mente es ya un avance significativo. Hay que recordar que la arqueología no se trata del estudio de objetos aislados ni de conferir a estos mismos objetos un significado basado en información real sin ubicación cultural, ni tampoco la de ser solamente una herramienta de trabajo del Estado para justificarlo; en este sentido es que este trabajo trató de volver la mirada de los especialistas a trabajar más por su profesión científica retomando de nueva cuenta la arqueología dentro del museo, haciendo énfasis en la interpretación de la evidencia material recolectada en campo para finalmente mostrarla a un público que pueda revalorar tanto los materiales como la conciencia humana del pasado y haciendo notar que, después de todo, siempre hemos sido humanos.